

XVI.

La casita del arrabal de San Antonio

El caballero no se hacía ilusiones. Tal vez dentro de uno ó dos días debería poner manos á la obra ; ¡ y qué obra !

El enviado español había producido una impresión profunda en Gastón ; estaba, pues, seguro de que aquél por lo menos era un noble.

Pasábale luego por la imaginación una extraña reminiscencia ; había entre aquella frente severa y aquellos ojos centelleantes, y la frente pura y los dulces ojos de Elena, una de esas semejanzas vagas y lejanas que dan al pensamiento que las contempla la incoherencia de un sueño. Gastón, sin poder explicarse el motivo, unía aquellas dos imágenes en su pensamiento, y á pesar suyo no podía separarlas.

En el momento en que iba á acostarse fatigado de las emociones del día, oyó el paso de un caballo en la calle ; abrióse la puerta del figón, y el caballero desde su cuarto creyó oír una conversación bastante animada ; pero á poco la puerta se

cerró, disipóse el ruido, y Gastón se durmió como se duerme á los veinticinco años, aun cuando se esté enamorado ó conspirando.

Sin embargo, Gastón no se había engañado : habíase detenido un caballo á la puerta del figón, y la conversación había tenido lugar. El que llegó á aquella hora era un buen vecino de Rambouillet, á quien una mujer joven y hermosa había dado dos luises por llevar un billete á toda prisa al caballero Gastón de Chanlay, calle de Bourdonnais, fonda de *Los toneles de Amor*.

Los lectores ya conocen á aquella mujer joven y hermosa.

Tapin tomó la carta, la dió mil vueltas entre sus manos, y en seguida, quitándose el delantal que tenía atado á la cintura, y encargando el cuidado de la taberna á su primer cocinero, que era mozo despierto é inteligente, corrió con toda la ligereza que le prestaban sus largas piernas á casa de Dubois, que á la sazón volvía de la calle del Bac.

— ¡ Hola, hola ! exclamó Dubois, ¡ una carta ! Veamos.

Quitóla el sello como hábil escamoteador, por medio de un vapor hirviente : leyó la carta, después la firma, y prorumpió en expresiones de extremado júbilo.

— ¡ Bueno, excelente ! dijo ; esto es magnífico. Dejemos á los niños que adelanten terreno ; camino llevan de andar mucho en poco tiempo ; pero aquí

tenemos la brida, y no irán más lejos de lo que queramos.

Terminadas estas palabras, volvió á cerrar artísticamente la misiva, y después haciendo una seña al mensajero, le dijo:

— Toma, entrega esa carta á quien va dirigida.

— ¿Cuándo? preguntó Tapin.

— Inmediatamente, contestó Dubois.

Tapin dió un paso hacia la puerta.

— No, no; ahora que pienso en ello, dásele mañana y será mejor.

Tapin hizo otro ademán de salir, y al llegar á la puerta se detuvo.

— Ahora, dijo, ¿me será permitido hacer á monseñor una observación que me es enteramente personal?

— Habla, tunante.

— Monseñor, como vuestro agente que soy, gano tres escudos diarios.

— ¡Bribón! ¿y no es bastante?

— Como agente, sí, monseñor, no me quejo; pero á la verdad no me parece suficiente como tabernero. ¡Oh! ¡qué oficio tan tonto!

— ¡Animal! bebe, pues, para distraerte.

— Monseñor, aborrezco el vino desde que me ocupo en venderlo.

— Porque ves como se hace; pero bebe Champaña ó moscatel; Borgoña paga. A propósito, Borgoña ha tenido en efecto un ataque apoplético; así

tu embuste no ha sido más que una equivocación cronológica.

— Monseñor, ¿de veras?

— Sí, el miedo que le causaste ha sido el motivo; ya se ve; tú querías heredarle, bribón.

— No, monseñor, el oficio es muy poco divertido.

— Vamos, aumento tres escudos diarios á tu sueldo mientras desempeñes ese destino, y después te regalaré la tienda para que formes un dote á tu hija mayor. Anda, tráeme muchas cartas como ésta y siempre serás bien recibido.

Tapin volvió á la taberna de *Los Toneles de Amor* con el mismo paso que había llevado para ir á casa de Dubois; y, según éste se lo había mandado, esperó á la mañana siguiente para entregar la carta.

Á las seis ya se había levantado Gastón. Debemos hacer justicia á Tapin; al punto que oyó ruido en el cuarto, entró y puso la carta en manos del caballero.

Al ver Gastón la letra tornóse pálido y después encendido; pero á medida que iba leyendo desaparecía el color de sus mejillas y se aumentaba su palidez.

Tapin le observaba á hurtadillas, haciendo como que arreglaba los muebles.

En efecto, la noticia era importante y grave. La carta decía así:

« Amigo mío : voy siendo de vuestro parecer, y »
 » acaso teníais razón en todo. Tengo miedo; acaba »
 » de llegar un coche; la señora Desroches ha man- »
 » dado disponerlo todo para marchar. He querido »
 » resistirme y me han encerrado en mi cuarto. »
 » Afortunadamente, en este momento pasa un hom- »
 » bre á dar agua á su caballo, le doy dos luises y »
 » me ha prometido llevaros este billete. Oigo que »
 » están haciendo los últimos preparativos: dentro »
 » de dos horas saldremos para París.

» Luego que llegue os avisaré dónde hemos ido á »
 » parar, aunque deba saltar por una ventana, si me »
 » ponen algún obstáculo.

» Permaneced tranquilo : la mujer que os ama se »
 » conservará digna de vos y de si misma. »

— ¡ Oh! eso es, exclamó Gastón al concluir la carta; no me había yo equivocado. Las ocho de la noche. ¡ Dios mío! ¡ ya ha salido de Rambouillet, y ha debido llegar á París también! Maese Borgoña, ¿ por qué no me habéis dado esta carta inmediatamente?

— Señor, estabais durmiendo, y juzgué que no sería prudente el despertaros, » respondió Tapin con la mayor humildad.

Nada podía decirse á un hombre que tanto respeto mostraba á su huésped. Por otra parte, Gastón reflexionó que si se dejaba llevar de su cólera, se exponía á descubrir el secreto, y por lo tanto se contuvo. Mas ocurriósele una idea : quiso ver si por

casualidad Elena no había llegado todavía, y salir á esperarla en el camino : se vistió apresuradamente, ciñóse la espada y marchó después de haber dicho á Tapin :

— Si el señor capitán la Jonquiere viene á buscarme, decidle que estaré de vuelta á las nueve.

Gastón llegó sudando á la puerta que da al camino de Rambouillet, pues no encontrando ningún coche de alquiler, había tenido que ir á pie.

Mientras aguarda inútilmente á Elena que había entrado en París á las dos de la madrugada, volvamos un poco la vista atrás.

Sabemos ya que el regente recibió una carta de la señora Desroches, y envió la respuesta por el mismo mensajero, pues era urgente tomar una resolución pronta para sustraer á Elena á las tentativas del caballero de Livry.

Pero, ¿ quién podía ser este joven? solo Dubois podía saberlo. Así, cuando el abate se presentó á las cinco de la tarde para acompañar al regente á la calle del Bac, éste le dijo :

— Dubois, ¿ quién es un tal Livry de Nantes?

Dubois le veía venir, y se rascó las narices.

— ¡ Livry... Livry!... repuso.

— Sí, Livry.

— Será algún hidalgo de provincia.

— ¡ Bien! esa no es una explicación; todo lo más es una hipótesis.

— ¿ Y quién conoce á Livry? Mande vuestra

alteza llamar á Nocé, y acaso éste podrá decirnos algo.

— ¡ Imbécil !

— Pero, monseñor, replicó Dubois yo no entiendo de genealogías; yo soy plebeyo...

— Basta de necedades.

— Parece que vuestra alteza no gusta que se tengan bromas respecto á los Livrys: ¿ Se trata por ventura de ordenar alguno de ellos? Entonces es otra cosa; procuraré hallarles un origen distinguido.

— Véte al diablo, y de paso envíame á Nocé.

Dubois se sonrió del modo más agradable que le fué posible, y salió de la estancia.

Diez minutos después se abrió la puerta y entró Nocé.

Era este hombre de cuarenta años, de noble presencia, alto, delgado, de buena figura, burlón é ingenioso, uno de los compañeros de placeres más fieles y estimados del regente.

— ¿ Me ha llamado vuestra alteza? dijo al entrar.

— ¡ Ah! ¡ eres tú, Nocé! buenos días.

— Estoy á las órdenes de vuestra alteza, repuso Nocé inclinándose. ¿ En qué puedo serle útil?

— Préstame tu casa del arrabal de San Antonio, pero limpia y decente; yo pondré en ella criados míos; sobre todo no quiero que haya pinturas que indiquen mucha galantería, ¿ entiendes?

— ¿ Es para algún pudor espantadizo?

— Sí, Nocé.

— Entonces ¿ por qué no toma vuestra alteza una casa en la ciudad? Las del arrabal tienen muy mala reputación; os lo prevengo, monseñor.

— La persona que quiero que la ocupe no está enterada de eso.

— ¡ Diantre! reciba vuestra alteza mi más sincera y cordial felicitación.

— Pero, ¡ silencio! ¿ lo entiendes, Nocé?

— Absoluto silencio.

— Ni flores ni emblemas. Haz que quiten todos los cuadros que puedan ser un poco alegres: ¿ qué tal son los espejos y tapices?

— Pueden quedar; son muy decentes.

— ¿ De veras?

— Sí, monseñor.

— Queden, pues; pero tú sales responsable.

— Monseñor, no quisiera verdaderamente cargar con semejante responsabilidad; mi pudor no es espantadizo, y acaso sería mejor blanquearlo y pintarlo todo otra vez.

— ¡ Bah! ¡ para un día! Nocé, la cosa no vale la pena. Serán algunas pinturas mitológicas, ¿ no es verdad?

— ¡ Psit! hizo Nocé.

— Además, para eso se necesitaría tiempo y tengo muy pocas horas disponibles. Bueno será que me des las llaves en seguida.

— Dentro de un cuarto de hora las tendrá vues-

tra alteza en su poder; ahora mismo voy á buscarlas.

— Adiós, Nocé; dáme la mano; cuidado con espiarme, poca curiosidad; te lo recomiendo, te lo ruego.

— Monseñor, mañana salgo de caza, y no volveré hasta que me mandéis llamar.

— Eres un buen amigo; adiós.

Seguro ya el regente de tener una casa donde recibir á su hija, escribió otra carta á la Desroches y le envió una berlina con orden de llevar á Elena á París, después de haberla leído aquel billete sin enseñárselo para que no viese la letra.

El billete estaba concebido en estos términos:
 « Querida hija: he reflexionado y quiero tenerte
 » á mi lado. Hazme el obsequio de seguir á la señora
 » Desroches sin pérdida de tiempo. Á vuestra lle-
 » gada á París recibiréis noticias mías. — *Tu*
 » padre que te idolatra. »

Cuando la señora Desroches leyó esta carta á Elena, ésta se resistió, suplicó, lloró; pero todo fué inútil, y se vió obligada á obedecer. Entonces fué cuando aprovechándose de un momento que estuvo sola, escribió á Gastón la carta que hemos leído, y se la remitió por un aldeano. Después salió dejando aquella habitación que le era querida, porque en ella había creído hallar á un padre y había vuelto á ver á su amante.

Gastón, como hemos dicho, en el instante en que recibió la carta, se apresuró á dirigirse al camino

de Rambouillet: empezaba á amanecer cuando llegó; y aunque pasaron muchos carruajes, en ninguno iba Elena. Poco á poco se aumentaba el frío de la atmósfera, y se disminuía la esperanza en el pecho del caballero, hasta que desvanecido del todo, se encaminó Gastón á su posada, juzgando que acaso en ella encontraría carta.

Al atravesar el jardín de las Tullerías oyó dar las ocho. En aquel momento entraba Dubois en la alcoba del regente con aire de triunfo y una cartera debajo del brazo.